

El clero y el ejército unieron el peso de sus fuerzas para que se elevaba ante ellos, y se presentaron al combate. Los progresos y las innovaciones eran el enemigo enardecido de la superficie; debajo estaba el núcleo de la conspiración en permanencia, la conspiración que podía ser encendida por los soldados y clérigos, la que se activaba ya por momentos hasta que se presentaba a se retrala momentáneamente en forma de un curato de un párroco de las iglesias de importancia, o donde se reunían casi sin interrupción los grupos de las conflagraciones incipientes. ¿Podría la timidez de los sacerdotes apagar el incendio? Muchos lo creían, menos los obispos, menos los jefes de los cuerpos favoritos del dictador, menos los conservadores honrados y moralmente intus como Horta y Gago, menos los jóvenes jefes de la ambición y bravura como Aguirre, Larrazola, menos el Padre Mirasol.

En Diciembre de 1841 don Manuel Álvarez dejó el poder y nombre a Cononfort para convertirse en el primer y permanente sustituto. La gran doctrina de la moralidad que él había puesto en práctica plenamente, Campo había querido ponerla en práctica, pero si la daba, la recibía. Cononfort sustituyó a Álvarez en el poder, y se puso a la cabeza de los progresos, para el

Don Juan Álvarez

Cononfort era un hombre de una inteligencia fina y en la sociedad an-... encumbrado... embalsa-... del... vida... posiciones, de las más... limpia... Y el... de la capital de la... para el convento, de los sacerdotes. El... cuanto a la Iglesia...

Cononfort era un hombre de una inteligencia fina y en la sociedad an-... encumbrado... embalsa-... del... vida... posiciones, de las más... limpia... Y el... de la capital de la... para el convento, de los sacerdotes. El... cuanto a la Iglesia...



su ser, de sus intereses, de sus amores y sus odios. Pues con ligeros matices diferenciales, lo mismo era en todas partes en la República, con excepción de algunas poblaciones de la costa, en donde la influencia del clero se diluía un tanto en el aire salado de la mar. Los obispos, como el Sr. Labastida, afirmaban públicamente que no se mezclaban en los asuntos políticos y que reprobaban las revueltas á mano armada y aconsejaban la obediencia al Gobierno mientras sus disposiciones no estuvieran en pugna con la conciencia católica, y eso que afirmaban lo creían y lo procuraban, sin duda, aunque en menor escala que ninguno el obispo de Puebla, que á poco de los acontecimientos que se desarrollaron en su diócesis por los años de 56, mostró y demostró cuán ardiente político era y cómo sabía temer á los puros y ABORRECER Á LOS MODERADOS.

☪ Dada, empero, la idiosincrasia nacional, aun cuando los obispos no prohibían ni deseaban la revuelta, ésta tenía que nacer de sus protestas. Las protestas demostraban que la Iglesia recibía ofensas graves, ataques injustos, que redundarían en irreparable daño del catolicismo nacional; la ley de fueros, con una asombrosa falta de previsión de parte del clero, que debió haberla aceptado para no oponerse á la incontrastable corriente de las ideas democráticas, incompatibles con la existencia de las clases privilegiadas, era considerada como un rudo despojo concebido por el Estado contra derechos evidentes de la sociedad eclesiástica; pues, ¿cómo podía resistirse el ataque sino defendiéndose, y qué mejor defensa que echar abajo al gobernante? Todo esto era claro, y el pueblo católico procedía con más lógica que sus preladados, aunque con menos intuición de la realidad.

☪ Aprovechando la situación febril de Puebla, grandes grupos del ejército permanente con que creyó contar Comonfort, tenazmente iluso, faltando á sus compromisos, á su honor, á sus juramentos, se apoderaron de la ciudad, en donde todos los corifeos de la reacción militarista y clericalista se habían dado cita. El Presidente quiso rescatar su candidez dando un golpe definitivo, precisamente en los días en que se reunía el Congreso Constituyente. La campaña, muy prudente y enérgicamente dirigida, puso una vez más de relieve las distinguidas cualidades de soldado que el corifeo de la revolución de Ayutla poseía: decisión de economizar la sangre del soldado, docilidad á los consejos de los peritos en toda la parte técnica de la guerra y una bravura por extremo serena, que dió á su prestigio una especie de aureola heroica; los soldados de aquellas legiones de guardias nacionales lo adoraban.

☪ Una vez dueño de Puebla, en donde el populacho, siempre admirador de los que ganan, no lo recibió mal, el Presidente pudo creerse en Méjico mejor armado para sostener dos grandes luchas. Contra el clero la primera, ordenando la confiscación de los bienes del obispo de Puebla, y contra el ejército permanente humillándolo, degradándolo é irritándolo. El Sr. Labastida, que se resistía á obedecer las órdenes del Gobierno, fué desterrado; era una buena medida política. Claro que en una ciudad como Puebla los fondos de la Iglesia, quisiera ó no su jefe, sólo servirían para fomentar conspiraciones; había que quitar el aceite al foco, y dar la deseada muestra de energía que reclamaba á gritos el partido liberal, poniendo la mano sobre el más levantado de los preladados. Á Europa, á

conspirar; el obispo de Puebla conspiró, furiosamente, incesantemente desde aquel momento. Así hemos logrado saber lo que tenía en el fondo del alma; Comonfort no se equivocaba.

☪ En cambio, la degradación de los oficiales produjo efectos contraproducentes; aquellos hombres no pensaban más que en la venganza, en el desquite, pero pensaban en eso alegremente. El general Sóstenes Rocha, que era entonces un oficialillo de Zapadores, y que fué de los DEGRADADOS y formó entre los distribuidos en las poblaciones del Sur de Puebla, cuenta en sus memorias (inéditas aún) llenas de color y de vida, las aventuras de todos aquellos delincuentes que, como era natural, se juzgaban héroes, para proveerse de lo necesario para la vida. Verdaderos gilblases, aquellos jóvenes acudían á todo, aceptaban todo, se aprovechaban de todo; los galanteos, por supuesto, desempeñaban en aquellas novelescas empresas tamaño papel. Poco á poco fueron escapando de sus confinamientos, atraídos por el centro conspirador de Méjico ó llamados con empleos militares en algunos Estados (como sucedió con Rocha), y claro es que las etapas de sus fugas eran de convento en convento y de curato en curato. Mejor habría sido para el país y para Comonfort haber fusilado á tres ó cuatro de los principales cabecillas y haber encerrado en una prisión á los demás por dos ó tres años; mucho se habría evitado con tal energía. El que esto escribe no puede olvidar que siendo estudiante, y en representación de la Escuela de Jurisprudencia, fué á pedir al presidente Juárez la vida de un gran revolucionario impenitente capturado casi en flagrante delito de asalto á una CONDUCTA decaudales; el prisionero tenía un nombre íntimamente ligado con una fecha gloriosa. «Está bien, contestó á mi petición el Sr. Juárez, ya de antemano se ha resuelto indultarlo; pero no olvide usted, y dígaselo á sus compañeros, que absolviendo á un hombre de estos que sólo entienden por política el desorden y el cuartelazo, se sentencia á muerte á muchos centenares de inocentes.» Estas palabras tal vez pudieran aplicarse á la clemencia perenne de Comonfort.

☪ Juárez, nombrado por el presidente sustituto, gobernador de Oajaca, partió para su Estado natal, á donde no había vuelto desde que lo arrancara de su hogar Santa Anna hacía cerca de tres años. En Oajaca los elementos reaccionarios habían sido siempre poderosos, porque el prestigio del clero era inmenso todavía; recordemos que aquella sociedad había sido como arcilla modelada por las comunidades religiosas y que la Iglesia la había infundido el alma con su aliento; recordemos que la inteligencia de los pueblos suele ser innovadora, pero su instinto no, su instinto es tradicionalista y conservador; el instinto del pueblo es como la arena del Nilo, que conserva intactas momias de seis mil años. En Oajaca precisamente la Ley-Juárez, que restringió los fueros, había causado grande alarma en los eclesiásticos y sus familiares, y las protestas y anatemas consabidos. De ahí á la asonada, á la lucha civil, al fratricidio no había más que un paso. El gober-

nador mismo, que con toda seguridad huía de la obligación de entregar el gobierno á Juárez, el gobernador santanista García, dió la mano á la asonada y aceptó un plan anti-fuerista y reaccionario.

☪ Cuando en Enero de 56 Juárez se presentó en el Estado con su credencial de gobernador interino, llevando algunas fuerzas que había podido allegar, un esfuerzo poderoso del grupo liberal había hecho sucumbir y rendirse á García, y el Interino pudo ocupar su silla en paz. La generación de abogados y paisanos que comenzó á levantar ejércitos durante la revolución de Ayutla, secundada ya por la que venía inmediatamente en pos de ella y salía de los Institutos y á veces de los seminarios mismos, sentíase fuerte para arrebatar con sus ideas mostradas como flámulas rojas á las masas ignaras que abandonaban repentinamente los campos de la reacción y se alistaban en las guardias nacionales y se batían al mando de aquellos hombres jóvenes y de aquellos muchachos que de la clase, de la redacción del periódico, de la tribuna del Congreso ó del club salían al campo á combatir, á morir; al fin á triunfar; esa generación impuso al país las ideas reformistas, ella hizo la reforma. Siguió á Juárez; lo rodeó en su gobierno interino; se batió con los reaccionarios que después de las tremendas luchas en Puebla intentaban penetrar y medrar en el Estado, en fuertes grupos bien organizados militarmente, alguno de los cuales figuró la legión Tebana de los clericales, el célebre batallón de LOS CRUZADOS, cuya bandera negra cruzada de rojo decía: «Religión ó muerte». En una de estas luchas suena por primera vez con honor el nombre del capitán Porfirio Díaz. (Herido en Ixcapa : Agosto de 56.) Difícilmente podía entrar el Estado en su camino normal, la paz era imposible; la premisa de la guerra religiosa estaba formulada ya. El arzobispo Garza había declarado «que la Ley-Juárez era contraria á lo dispuesto por la Iglesia; que la renuncia que cualquiera individuo del clero hiciere del FUERO, ya fuese en lo civil, ya en lo criminal, era nula y de ningún valor, aun cuando lo jurase.» He aquí la consecuencia : «Considerando, decía uno de tantos planes revolucionarios en Oajaca, que la ley de justicia (la Ley-Juárez) ataca de una manera brusca é inmoral al venerable clero y á la Iglesia; que al llegar á tomar el mando del gobierno Don Benito Juárez, causaría incalculables desgracias á los habitantes de Oajaca, porque siendo el autor de la ley anti-eclesiástica la querrá hacer cumplir, etc.»

☪ Juárez ocupado á veces (en Tehuantepec) en sofocar la revuelta, no descuidaba ninguno de los ramos de la administración; al contrario, jamás habían sido tan bien atendidos. Uno de sus empeños era armar el Estado para la terrible guerra que preveía; siempre se empeñó con el Gobierno federal en obtener armas, artillería especialmente, y en tiempos posteriores, casi en vísperas de abandonar para siempre á Oajaca, diputó á su amigo el coronel D. Ignacio Mejía cerca de Comonfort, para obtener algo de lo que tanto ansiaba. Y con objeto de que las guardias nacionales, no sólo estuviesen bien instruídas y preparadas para el combate, sino que siempre se hallasen á disposición del partido liberal, organizó una enseñanza de ciencia militar y táctica en el mismo Instituto, tan perseguido por Santa Anna y que él levantó inmediatamente á gran altura con el propósito de que «la juventud—que ávida de saber se educaba allí—contribuya algún día al engran-